



Seix Barral

Manuel Puig

Sangre de amor
correspondido

Prólogo de Paulina Flores





Seix Barral Biblioteca Breve

Manuel Puig
Sangre de amor
correspondido

Prólogo de Paulina Flores

-
- © Herederos de Manuel Puig, 1976
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com
- © por el prólogo, Paulina Flores, 2022
- © Editorial Planeta, S. A., 1982, 2022
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

© Imagen del interior: Bortonia / IstockPhoto / Getty images

Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-322-4071-3
Depósito legal: B. 14.061-2022
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO I

—¿Cuál fue la última vez que me viste?

Él la vio por última vez hace diez años, ocho años. Después nunca más. Fue en Cocotá, Estado de Río. En la plaza, del lado de la iglesia ¿verdad? ella le fue al encuentro, tenían cita ¿o cómo fue la cosa? de ahí salieron juntos, hasta el Club Municipal, a bailar toda la noche. ¿Y qué más pasó con ella? estuvieron en el baile hasta las dos y media de la madrugada, después se fueron a un hotel a hacer sus cosas ¿está claro? aquella noche.

—¿Y nadie se dio cuenta, que una chica de quince años entraba a un hotel?

En el club había mucha gente, el pueblo no era muy grande, seis mil personas, seis mil habitantes. Pero se podía ir a un hotel, sin problemas, no ahí, en otro pueblo cerca ¿está claro? llegaron y tomaron una cervecita y demás. Fueron en automóvil, en esa época él tenía un Maverick, otros tiempos, después él entró en picada, y nunca más tuvo automóvil. El año que viene se va a comprar uno financiado, si Dios quiere.

—¿Qué baile era ése?

Era un baile con música de Roberto Carlos, todo el

tiempo, toda la noche discos de Roberto Carlos. También había otros lugares para ir a noviar, estaba la pileta de natación, para unos señores baños, y la cascada. Se subían por las piedras, una cascada llena de piedras, se ponían el bikini y el pantaloncito de baño, se metían entre los árboles, ahí mismo está la selva de veras.

—Yo te pregunté del baile, del baile de aquella noche.

El baile estaba abarrotado de gente, tres mil o cuatro mil personas. Ellos dos conocían a mucha gente, tanta, pero daba tiempo, ya se iba a presentar la ocasión de mandarse a mudar. Ella lo había esperado en la plaza, esperaba generalmente ahí, o a la salida de la iglesia, porque era muy católica. Si todo salía bien lo esperaba todas las noches en la puerta de la iglesia. A las ocho de la noche generalmente. Y de ahí rumbeaban al final para la casa de ella, o si no para la casa de una tía. Y ahí se quedaban, a él le servían un cafecito, o un bife, de aquellos bifazos que a él le gustan, todo eso. Él se quedaba como hasta las doce de la noche. En la casa de ella, de la madre. Estaban él y ella, y la madre, y la abuela. Y nada más. Ella tenía padre, pero el padre llegaba por lo general a eso de la una de la mañana. Era vendedor ambulante, y no llegaba hasta esa hora, pero antes se aparecía el hermano de ella, el Paulo, Paulo Rossi de nombre ¿no? Llegaba más o menos a esa hora, a medianoche, porque en esa época era jugador de fútbol también él. Pero no era el que jugaba mejor. En el Club de Deportes Cocotá. Fútbol de aficionados, no tenían sueldo. Todos los domingos a las tres y cuarto de la tarde. Y se entrenaban todos los miércoles y jueves, a eso de las cinco. Hasta que aquella noche del baile del sábado se fueron al hotel. En el baile estaban contentos, felices de la vida.

—¿De qué hablábamos en el baile? quiero ver si me estás diciendo la verdad.

Hablaban de amor, nada más que palabras bien dulces. Besitos, él le hacía convites y más convites, para salir del baile, porque hasta esa época no habían tenido ocasión de ir al hotel, porque ella todavía era muy joven, virgen ¿se entiende? Y fue a partir de aquel sábado, ella tomó unas copitas y se fueron al hotel, y ahí, ésa fue la última vez que él la vio ¿no es cierto? esa noche del baile y al otro día. Fue a la llegada, volviendo de Floresta de Cocotá a Cocotá mismo, que es otro pueblo, fue entonces que él la citó para las ocho y media del día siguiente, que era domingo, en la casa de ella. Pero él hasta las once y cuarto de la noche no llegó. Y ahí se quedaron conversando, peleando, discutiendo, él se le quería escapar, y todo el mundo se le vino encima, la madre, y se le vino encima la abuela, «¡No abandone a mi hija!», toda esa historia. Y él siempre escurriéndosele, «¡No, yo quiero viajar, tengo que abrirme camino en la vida! después sí voy a volver...». Pero no volvió nunca más. En todo este tiempo no fue por aquellos lados más que una vez, de paseo ¿no?

—Esa vez que volviste ¿alcanzaste a verme de lejos?

Esa vez que él volvió le parece que la vio, ella trató de acercársele, pero él se le alejó ¿verdad? Aunque la próxima vez que él vuelva por allá, va a ver si le suelta alguna palabra más dulzona, a ella, alguna palabra de amigo, como al descuido ¿está claro? nada más que para aliviarle ese problema mental de ella, no había quedado bien de la cabeza, decían todos. Eso fue lo que la madre de ella más le pidió, «Ya sé que entre los dos no hay más nada, pero tendrías que conversarle un poco ¿qué te cuesta?». La madre le pidió que cambiase alguna pala-

brita que otra con la hija, como amigo, que la llamase desde el portoncito, que charlase, que fuese hasta la casa de ella, a hablar de cualquier cosa. Y acordarse de otros tiempos, y por ahí pedirle disculpas, por tanto alejamiento, etcétera, etcétera. Porque ella no se casó, que él sepa todavía ella no se casó ¿quién se casaría con una mujer trastornada de la cabeza? Él está seguro de que casi ni novios tuvo, porque nunca la vieron con nadie. De aquella última noche en el baile él se acuerda todo, hasta el último detalle. Ella se apareció con un vestido nuevo verde, y él no se quedó atrás, apareció con un pantalón Lee que había salido en esa época, y una camisa Vuelta al Mundo. Era una camisa muy linda, poca gente la tenía, de precio ¿está claro? el porqué del nombre vaya a saber, la habían lanzado en esa época en todo el mundo, sería por eso que se llamaba Vuelta al Mundo. Llegaron al baile y empezaron a conversar, todo iba sobre rieles, hasta ese momento se entendían de lo mejor, él siempre insistiendo para que saliesen del baile y estar solos, «Mi cielo, quiero tu amor, me quiero casar, ¿está claro? pero no puede ser ahora en seguida». Porque en esa época él no tenía nada ¿está claro? era un pobretón, pero con experiencia de la vida y quería irse de ahí del pueblo ¿o no? Ahí entonces ella insistía en que él jugase al fútbol en el pueblo. Ella quería que él estudiase y jugase al fútbol en el pueblo.

—¿Qué era lo que yo quería que te pusieses a hacer? no me vayas a mentir.

En aquella época ella quería que él se hiciese... ingeniero, en aquella época, pero él no tenía medios ¿se entiende? Los padres de él no tenían dinero en esa época. Entonces él le dijo que no se podía, él se tenía que abrir un camino en la vida, en esa época lo que él hacía

era... proyectos eléctricos ¿está claro? Hacía estudios, muchos, sobre proyectos eléctricos, entonces generalmente ella insistía en que él estudiase más todavía, y siempre vuelta a lo mismo. Ahí él decía, «No se puede porque las finanzas no dan», y ahí ella le decía que lo ayudaba y vuelta a lo mismo ¿está claro? Él le dijo, «M'hijita, no se puede, es realmente imposible para mí, no tengo capital suficiente». Y de ese problema no salieron, una hora hablaban de fútbol, otra hora salía el tema de los estudios y qué sé cuánto, ella dijo que le pedía al padre de ella misma que le pagase los estudios. Él dijo que no, no aceptaba, para él no era importante hasta ese punto. Quería hacerse una vida propia ¿está claro? Y a cierta hora salieron del baile. Porque ella esa noche sintió que él se quería ir de veras del pueblo, fue entonces que le entregó aquello, pensando que así lo amarraba, «No te vayas nada, te vas a quedar conmigo ¿verdad?». Ahí él le dijo que no, que se iba lo mismo ¿está claro cómo fue la cosa? pero la verdad es que él no le dijo que la iba a abandonar esa noche, él le conocía los puntos flacos muy bien, ni muerto le iba a decir una cosa así, lo importante era hacerla salir del baile, una vez afuera él se encargaba de lo demás. Al día siguiente sí se lo iba a decir. Después de que pasara esa noche. No pensaba que ella iba a quedar mal de la cabeza. Ahí él la metió en el automóvil, hablando ya de la cuestión, «Mi amor, nos vamos para otro pueblo, a gozar de algo nuevo, qué joder. Al fin de cuentas ya hace tres años que estamos de novios, y por eso creo que me merezco confianza», etcétera. Ella le dijo que no le iba a entregar nada. Ahí él le dijo que entonces se acababa todo, que no entendía las intenciones de ella. Ahí ella lloró, se largó a llorar a todo pulmón, y él no aflojó ni un tranco, estaba emba-

lado, con copas encima ¿no? En fin, que siguieron camino. Se la montó como loco.

—¿En el hotel?

Una noche nada más, en aquel hotel. Ella le pide que vuelvan a ser novios, siempre que él vuelve por aquellos pagos ella le insiste. Quiere salir con él como sea, lo busca, le manda mensajes, papelitos, y él siempre se le escapa. Él sale a encontrarse con amigos ¿está claro? en ese pueblo tan lleno de árboles, y plazoletas. Y entonces le cae el papelito, «¡Hola! ¿cómo estás? yo siempre acordándome de aquella noche. Te espero en el banco aquel, el de esta misma plaza», firmado María da Gloria. Sí, claro que él se acuerda, pero no se puede, ni le devuelve el papelito ni nada ¿está claro?

—Dicen que me llevaste una vez entre unos matorrales, solos lejos por el campo ¿es cierto?

Fue a la de pelo negro que él se llevó a los matorrales, una cuestión muy diferente. La rubia fue en el hotel, la María da Gloria. Fue lo siguiente: llegaron a la pieza, se dieron una ducha ¿no? la ropa no había modo que ella se la sacase. Él se puso medio furioso. La agarró con fuerza, «¡No!», gritó ella, «¡A acostarse se ha dicho!». Él la acostó y le sacó la ropa, se empezaron a besar, a morderse y esas cosas. Ella lloraba como loca, desesperadamente. Entonces fue que él habló, «M'hijita, es inútil, de aquí no te vas a escapar, la noche es tuya y hay que aprovecharla». Y una serie de palabrerías que no se terminaban nunca. Estuvieron tres años de novios, qué joder, le tocaba a él y no se la iba a dejar a otro. Digamos que él la dejaba como tenía pensado, y otro tipo venía y se la mandaba al buche en vez de él, entonces el embromado era él después de tres años de novios ¿está claro? Por eso se lo dijo a ella. Y le enseñó cómo se ha-

cían las cosas, la puso para abajo, y para arriba, la mor-
dió toda, hizo que ella lo mamara todo, que lo lamiera
por todas partes ¿está claro? Fue una orgía total ¿ver-
dad? hubo de todo, hubo una que lloró, hubo risa más
tarde, ella se empinó varias copas.

—No es cierto, yo nunca tomé en la vida. A mí me
descompone la bebida, en seguida vomito, o me da do-
lor de cabeza muy fuerte.

Era whisky marca Barbante, coñac Dubar, la bebida
mejor para hacerle perder los estribos ¿está claro? una
copa detrás de la otra se fue empinando. Cervezas y al-
gún refresco antes en el club, mucha cerveza, mucha sed
con tanta gente y el baile. Ahí salieron. Y a las dos y
cuarto de la mañana él la dejó en la casa. Pero al irse vio
a otra mujer esperando, en la vereda de enfrente. Una
vecina de ella que lo estaba esperando, sin que él lo su-
piera. Al pasar la mujer lo llamó, «¡Pst!... hola ¿cómo
estás?». Y él se quedó con ella. Terminó lo poco que
quedaba de la noche durmiendo en la casa de esa otra
mujer.

—¿Después que estuviste conmigo en el hotel? eso
no es cierto.

A él le quedaban fuerzas todavía, era como un po-
trillo entonces, dieciocho años o un poco más, lleno de
fuerzas ¿no? fue una maravilla aquello, sin lugar a bro-
ma. Ocho o diez cervezas en el baile, y después el coñac
Dubar, una de las bebidas más caras de aquella época.
Muy conocida en Brasil, conocidísima, ahora parece
que no existe más, por lo menos no se oye hablar. O
existe nada más que en aquellos pueblos de mierda ¿está
claro? Pero él con toda esa cerveza encima no estaba de-
bilitado, algo fuera de serie, pistoneaba a todo dar,
aguantaba hasta cuatro horas con el arma en ristre. Que

a nadie le quepa duda. También había habido otras noches importantes para los dos, antes, noches de carnaval. Iban siempre juntos a esas fiestas.

—¿Pero cómo en mi casa no se dieron cuenta, de lo que pasó esa noche?

Pocos se acordarán ya de aquella noche, era de sábado para domingo ¿qué más pasó? al llegar a la casa de ella, lo invitaron para un almuerzo al día siguiente ahí mismo a la una de la tarde, antes del partido de fútbol. Era el día en que iba a terminar con ella y jugar el último partido para el equipo del pueblo, el Club de Deportes Cocotá.

—¿El último partido?

Porque él se iba a ir, nunca más iba a formar parte del equipo, ni de nada. Él solito planeó todo, la única que lo sabía era la madre de él. Ella estaba ahí con todo el pelo canoso sin peinarse ni un carajo, que no puede levantar los brazos por el reumatismo. Él se lo dijo que se iba y la madre se quedó mirándolo seria, pero después largó la risa. Él entonces le dijo, «Usted parece una gallina bataraza con ese pelo canoso y todo crespo, todo sin peinar ¿a qué tengo tanta hermana si no sirven para peinarla un poco?». La madre de él es buena, si nadie se mete con ella, son las gallinas batarazas las que dan picotazos que pueden lastimar. Para el almuerzo en la casa de la María da Gloria a la una menos cuarto él ya estaba ahí ¿verdad? un almuerzo fuera de serie ¿está claro? mucha cosa sabrosa, gallina, camarones, fideos, una serie de cosas, ensalada de lechuga, tomates, todo eso. Entonces sucedió lo siguiente, estaban todos sentados, él, el padre de ella, la madre de ella, y ella colgada del cuello de él, y por ahí la miró a la madre y le dijo, «Lo siento mucho, mamá, pero yo lo quiero a este muchacho, lo

amo de todo corazón y nada nos va a separar». Y ahí la madre le dijo, «Ya lo sé, te tiene trastornada este joven». Ahí siguieron conversando, él siempre haciéndose respetar, como siempre, aunque era el más pobre. Y por ahí dijo, «M'hijita, el problema es el siguiente, yo también te quiero, realmente te quiero mucho, te quiero profundamente». A él ella le gustaba de veras ¿está claro?

—No viniste ese domingo a comer la gallina y los camarones. Nadie te había invitado.

Quién sabe si ella se acuerda de todas esas cosas, con la enfermedad que le vino. A él le escribía cartas pero él nunca contestó, al pueblo de Baurú, donde él se había ido, estaba trabajando para la compañía de electricidad. Para la CESP, Compañía de Electricidad del Estado de San Pablo. Ella siempre le escribía ¿no? Y hubo otro problema. Ahí, después del almuerzo, de ese almuerzo fantástico, cuando dieron las tres él se estaba yendo, para la cancha de fútbol, el partido empezaba a las tres y cuarto. Era para decidir el campeonato, Club de Deportes Cocotá o Náutico de Teixeira. Ahí ella le dijo que no fuera a jugar, ese día no. Y él le contestó, «M'hijita, el problema es el siguiente: hoy voy a jugar bien, brillantemente». Y ella le contestó, «Si ése es el problema soy yo quien no va; no te quiero ver jugar brillantemente, como siempre has jugado». Él le dijo que podía hacer lo que le diera la gana, y se fue. En ese partido hizo unos cinco goles. Los únicos cinco goles del partido los hizo él. Él estaba con toda la cuerda dada esa tarde. Las hembras vibraban, mucha mujer, muchas que gustaban de él estaban ahí, amigas de ella, compañeras a las que les gustaba hablar con él y noviar a escondidas ¿está claro? Y los dos mejores amigos de él, Donato el ala media y Farelinho el camisa 10, centroforward. To-

dos eran amigos de él, pero esos dos eran de veras excelentes amigos. Y otro más, que después se murió, hace años ya, y por eso él se olvidó y hacía tiempo que no se acordaba más. Y se fueron a festejar, tomaron unas cervezas después del partido, gran victoria, una fiesta bárbara, muchas hembras aplaudiendo en un bar que ahora ya no existe más. Y después se fueron a la casa de ella a festejar.

—Eso no es cierto, en mi casa no los dejaban entrar, de eso estoy segura.

Él le dijo que se metía en el automóvil ya, y se iba para la chacra de él, de la madre. Y se fue, se dio un baño, y la madre presintió que él se iba ya, «Vieja, usted ya se dio cuenta, me voy mañana a las seis y media de la mañana, y no se me asuste así, no puedo seguir viviendo de este modo, ando sin dinero, y necesito para comprar ropa, andar elegante, con categoría; son muchas las que me andan buscando, y preciso cuatro o cinco camisas, cuatro o cinco pantalones, y un frasco de perfume. Vieja, mi problema es el siguiente: le pido nada más que cinco cruzeiros». En aquella época era algo, un billete de cinco cruzeiros. La madre le dijo que con eso solo no podía irse ¿y después qué iba a hacer? Él le dio un abrazo y se fue y se quedó por ahí hasta hoy, ya con treinta y un años encima, y eso es todo, dieciséis horas de ómnibus hasta Baurú, donde pedían personal para la CESP. No había bajado del ómnibus y ya se quería volver, no había dejado de pensar un solo momento, ya estaba con añoranza del público de la cancha del club. Quería volverse con el mismo ómnibus a Cocotá pero no pudo, no tenía para pagar el pasaje de vuelta. Y no había dormido en todo el viaje, iba mirando todos los campos que la carretera iba cruzando, que él nunca había visto. Y

qué tanto joder, lo bueno es que se había divertido, se la había mandado al buche. En aquella época él no tenía tantos problemas, ni el diez por ciento de los que tiene hoy en día. Los que no le surgieron entonces le surgen ahora. Pero a ella le gustó demasiado aquello la primera vez, «No te gustó tanto porque dolió muchísimo ¿verdad?», «No, el problema es el siguiente: yo tendría que haberte hecho caso, Josemar, y dejar que me hicieras esto el primer día que te conocí». Y ahí él le dijo, «Eso imposible porque cuando te conocí tenías doce años ¿o menos? en aquella época debías tener diez años. Yo nunca te habría hecho esto ¿está claro? ahora sí, ya estás en buena edad, aunque lo mismo te dolió». ¡Él andaba loco por ella!

—No me acuerdo de cómo era ese dolor, por más esfuerzo que hago no puedo acordarme.

Es difícil acordarse de todo, ella tenía de quince para dieciséis años, él trata en lo posible de olvidarse de ella, si habla mucho de ese tema le viene la gana de ir a verla ¿está claro? trata de olvidarse. Es que fueron muchas las noches que pasaron noviendo, qué joder, tantas noches noviendo, se iban a ver la luna y las estrellas. Y cosas así. Primero la plaza, después todas las casas del pueblo, normalmente hasta medianoche, paseaban, de veras, es cierto que paseaban, y de día se iban a pescar. Ella les tenía un miedo bárbaro a las cobras, él agarraba esas cobras de agua y se las tiraba encima, para jugar, yacarés, cría recién nacida de yacaré. Ella era miedosa.

—Si era miedosa ¿cómo me dejé encerrar en la pieza del hotel?

Primero no, pero a partir del momento que empezaron sí tuvo miedo. Ahí ella lloraba, porque el dolor era fuerte ¿está claro? ella le decía que no, que no, que

no, que no, hasta el último momento, y él insistiendo, que sí, que sí. Porque él se lo dijo, «Si el asunto no se hace esta noche... no se hace más. Si eso está guardado para mí como siempre me has dicho, entonces lo quiero hoy. Si no me lo das hoy no lo quiero nunca más y me enoja para siempre». Y la noche siguiente, la noche del domingo estuvo con ella desde las nueve y cuarto más o menos hasta las tres y algo de la mañana. Hablando nada más que de eso, bueno, porque ella en general habló más que él ¿no? porque la mujer normalmente habla más que el tipo en esos trances, «Josemar, yo te quiero de verdad ¿está claro? lo único que quiero es estar al lado tuyo, ya para mí ningún otro hombre existe, antes te quería, ahora te quiero mucho más ¿verdad?». Y él le dijo que era inútil hablar, a él ella le gustaba de verdad, pero sin un centavo, tenía que salir disparando de ahí ¿o no? Él nunca más le dio el gusto de escucharle las quejas. Pero esa noche la lastimó, la hirió.

—¿Me lastimaste y me heriste?

Ella lloraba, lloraba desesperadamente, era la primera noche, ella nunca había sufrido así, nunca la habían operado de nada, y realmente es algo que lastima y hierde. Él vio que salía sangre ¿está claro? sangre en cantidad. Ahí él buscó y vio la trusita de ella sobre la cama, y con eso le secaba la sangre, con la trusita misma. La misma trusa chiquita de la misma marca que usaban todas las del pueblo. Y él le fue secando todo, y limpiándole. Limpiaba y volvía para adentro, todo lo que se podía. Las cosas iban marchando bien, forzando un poco la cuestión, hasta que no entró todo él no dejó de empujar. Hasta que no llegó hasta la bolsa de los huevos no paró. Ahí sí ya paró. Ella temblaba, sentía frío, le decía que estaba sintiendo frío. Él le decía, «Entonces basta ¿te

lo saco entonces?». Y ella que no, que insistiese, que siguiese entrando, cada vez más. Y no hubo más problemas, todo en orden. La última noche cuando se despidieron lo volvieron a hacer parados, debajo de un árbol. Se estaba despidiendo de ella, diciendo que se iba. No iba a volver, no se iba a quedar con ella, etcétera, y al mismo tiempo él le decía, «M'hijita, voy a volver, no te preocupes, nosotros dos nos vamos a casar». Y ahí se volvieron a incrustar, ahí parados, otra vez más ¿verdad? Una cosa fuera de lo común, bien impresionante. De ahí en adelante él parece que se olvidó, trató de olvidarse y no se acuerda ya más nada.

—No vayas a creer lo que andan diciendo de mí.

Parece ser que a partir de esa última noche se echó a perder la cuestión, porque tres años después él volvió y la madre de ella se dio vuelta por la calle y le dijo, «Hola, Josemar». La madre de ella lo mandó a llamar particularmente, para que fuese a hablar con ella. La abuela, que era tan buena, muy amiga de él, ya muy vieja, estaba enferma para entonces. La abuela y la madre le mandaron a decir cosas, «Si no quisieras verla, si no quisieras hablar con ella, nos encargamos de que salga, ella no sabe que estás de vuelta por acá». Él dijo, «Yo sí voy a su casa, señora, pero pídale que no se aparezca, así nosotros podemos conversar». Y estaba en ese asunto ya más de tres horas conversando con la madre de ella ¿no?

—En mi casa nunca te quisieron, la que te quería era yo.

La madre de ella le siguió diciendo, «El problema es el siguiente: comprendo lo que estás hablando, pero no la abandones, tendrías que volver con ella, para ver si se repone y queda bien de la cabeza ¿está claro? a partir del momento de la separación no tuvo más sosiego, se puso

rebelde, nerviosa, peleadora en casa, le contestaba mal a todo el mundo; y después peor, las crisis de nervios, locura ¿te das cuenta? y generalmente te veía en sueños; hablaba ¡Necesito a Josemar! ¡lo necesito! lo adoro, lo quiero tanto... Me voy a terminar matando por causa de él ¿te das cuenta?». Y él estaba en situación difícil viendo aquel problema ¿verdad? y por el otro lado el problema de él. Y la madre de ella seguía, «Lo peor es que ella te ve, casi todos los días, cuando se va a dormir, aunque estés lejos, en el Estado de San Pablo; y a veces también te ve despierta; y siempre que te ve te oye decirle cosas buenas, palabras dulces de novios, y por eso no te puede olvidar; si ella estuviera bien de sus nervios con el tiempo todo se arreglaría, porque todas las de la edad de ella que se enamoran... si el muchacho no las quiere y se va a otro pueblo poco a poco se van conformando a no verlo más. Se conforman porque no lo ven más». Entre los dos problemas, el de ella y el de él ¡que joder! él mejor se ocupó del de él ¿verdad? Pero en esa época tenía una hembrita, y preciosa, que lo quería ¿verdad? Se quedó sin saber qué hacer, era inútil, se tenía que ir, él fue franco con la madre de ella ¿está claro? abrió el libro, el libro de la vida de él se lo abrió, pero sin contar lo peor porque entonces habría lío, no lío muy bravo, pero pavadas de habladurías que nunca se sabe, porque nadie supo de nada, quedó entre él y ella solos y basta, todo en orden. Al salir él se dio vuelta por la calle y miró la ventana de ella, no estaba como antes, despidiéndose con la mano, hasta que él doblaba por la calle de los árboles aquellos bien altos.

—Nada de eso es cierto. Nunca te dejaron entrar en mi casa, ni antes ni ahora.